

H 056
R 419 n
C. B.

SAN JOSE, COSTA RICA

30 de Enero de 1914

Año IV



Núm. 74

RENOVACION

PUBLICACION QUINCENAL

LAS JOVENES MAESTRAS



CARMEN JIMENEZ

ZELEDON
PAÑA
EDITORES

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cents



RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

INTERESA A LOS MAESTROS

SABER:

que en la LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía.

Esquina frente al Correo

pueden adquirir las magníficas

Obras de texto y de consulta

que anunciamos en el Boletín Bibliográfico
de la penúltima página.

Allí mismo encontrarán todos los

Textos de la Escuela Moderna

que pueden serles de gran utilidad en sus
tareas. Lo mismo que magníficos Mapas
Geográficos de las diferentes secciones del
mundo.

San José, Costa Rica

30 de Enero 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 74

La Elegía de Gray

Interpretación

A Carmen Jiménez con el mayor afecto

Desde la alta torre, con queja doliente,
da su adiós postrero la campana al día;
el rebaño baja lenta, lentamente,
y hacia el llano avanza sonando el mugiente
clarín de sus voces con melancolía.

Los labriegos llenan todos los caminos
polvorosos; llevan sobre sus semblantes
la noble tristeza de los campesinos;
y en tanto que marchan—mudos peregrinos—
la sombra lo invade todo por instantes.

Ya el sol ha cerrado la enorme pupila
que en el horizonte simuló una hoguera,
y en el seno augusto de la hora tranquila
recuesta sus dulces acentos la esquía,
y el campo se aquieta como si durmiera.

Sólo en la vetusta torre que negrea
entre los cipreses que la sombra baña,
la lechuza insomne furiosa aletea,
mientras que la luna con amor platea
las nubes que velan sobre la montaña.

Bajo esos cipreses que la edad derrumba
duermen, olvidados, el último sueño,
—libres de la humana, revuelta balumba—
los viejos labriegos que hallaron su tumba
allí donde irguieron su postrer empeño.

El fresco saludo de la fresca aurora,
el dulce gorjeo de la golondrina,
el clarín del gallo, la trompa sonora
del pastor, ya nunca, ya nunca a la hora
de la madrugada riente y cristalina,
han de despertarlos en su angosto lecho.
Del hogar, para ellos, las llamas rojizas
ya no alzarán cantos de luz hasta el techo,
mientras del abrazo terrible y estrecho
de amor, de los troncos, sólo habrá cenizas.

Ya para ellos nunca, terminado el día,
habrá en la cabaña caricias que esperan,
ni entre los clamores de su algarabía
les darán los niños con loca alegría
los besos que antaño tanta miel tuvieran.

Cuántas veces, cuántas, las rubias espigas
cayeron al golpe de sus corvas hoces!
Cuántas veces, cuántas, las selvas amigas
tendieron alfombras ante sus fatigas
y los arrullaron con sus frescas voces!

Ah! no permitamos que las ambiciones
burlen sus labores fútiles y oscuras,
ni que las historias de sus corazones
sufran la insolencia de los pisotones
ni el desdén que baja desde las alturas!

Las locas jactancias y las insolentes
pompas que el dinero y el poder despliegan,
por igual esperan las horas murientes
en que desatadas todas las corrientes
de la vida, al borde del sepulcro llegan.

Y vosotros, reyes del orgullo humano,
no digáis que es culpa de los andrajosos
si el mármol no eleva su esplendor lozano
sobre de sus tumbas, y si el canto llano
por ellos no atruena los templos piadosos.

¿Pueden un erguido monumento acaso,
o las claras voces de las alabanzas,
agitar de nuevo la quietud del brazo,
o en el pensamiento desatar el lazo
con que ató la muerte sus desesperanzas?

Tal vez en la calma de este campesino
cementerio, duerme su apacible sueño
un hombre que supo del fulgor divino
y pudo en los aires derramar su trino,
y pudo en la vida prodigar su ensueño.

Pero por desgracia las páginas bellas
de la ciencia, nunca mostraron su encanto
a estos silenciosos pastores de estrellas
sobre cuyas frentes imprimió sus huellas
la racha que lleva las gotas del llanto,
como tantas joyas preciosas que ruedan
y en el mar sepultan sus fulgores ciertos,
como tantas flores que distantes quedan
de los dulces ojos que mirarlas puedan:
rosas, perfumando lejanos desiertos.

Lejos de las ansias de la lucha a muerte de las multitudes, sus aspiraciones no turbaron nunca su apacible suerte; su vida fué un bosque solitario y fuerte poblado de nidos, lleno de canciones.

Por eso en las lozas de este camposanto no esponja sus flores la dulce elegía; sólo humildes nombres que esculpiera el llanto y bíblicas frases, que son como el canto de las esperanzas y de la energía.

Estos aldeanos, al morir, derraman sobre el vasto mundo que se desvanece, tranquilas miradas de adiós a los que aman; saben que el olvido se acerca y lo llaman, sonriendo a la vida que desaparece... y en él se reclinan amorosamente como sobre un noble corazón que abriera impalpables brazos sobre el alma ausente, y luego se duermen sintiendo en la frente los sonoros besos de la Primavera.

Yo, que tanto gusto de cantar las glorias humildes, que viven en las serranías, y que esculpo en versos de amor las victorias de estos campesinos de oscuras memorias, entre ellas quisiera terminar mis días.

Para que si alguna mente soñadora en pos de mis rastros llega hasta la aldea, encuentre en los labios de alguna pastora —como un epitafio grabado en la aurora— éste, que el relato de mi vida sea:

«Muchas veces, muchas, en la madrugada lo vimos subiendo la suave colina; iba desperlando la hierba mojada

al tope del astro, mientras la alborada llenaba de encajes de luz la neblina.

Y luego en las horas de calor, vagando siempre lo miramos por entre el bosque; pálido, abatido, sonriendo y hablando solo, cual si fuera con fervor rezando a un Dios escondido dentro del paisaje.

Pero una mañana ya nuestras miradas no lo divisaron. Sobre los caminos del bosque no estaban sus finas pisadas; las fuentes, que fueron por él tan amadas, gemían, y el viento lloraba en los pinos.

Después... entre cantos de ruda tristeza, hasta el cementerio lo llevamos. Mira, bajo aquel castaño, y entre la maleza, hay esta leyenda que cubre su huesa; todo el que la ha visto solloza y suspira: «Aquí en el regazo del campo florido duerme un triste joven que ignoró la Fama; la Melancolía susurró en su oído sus mejores cantos, y quedó dormido soñando con ella sobre de la grama.

Era un vaso de agua, de agua cristalina temblando en las flacas manos de un mendigo; dió a los pobres todo su haber: la divina piedad de su llanto; la selva vecina le ofrendó en un árbol la paz de un amigo.

No intentes, curioso, levantar los velos que cubren, piadosos, sus debilidades; ellas también duermen junto a sus anhelos, en la humilde tumba que mira a los cielos como enamorada de sus claridades».

JOSE MARIA ZELEDON

Por los niños

Departía yo tranquilamente con unos amigos acerca del siempre palpitante asunto de la educación de la juventud proletaria, cuando de pronto vime interrumpida por los aullidos de una jauría feroz. Conozco de larga fecha esos ladridos, a través de los cuales silban las injurias y las amenazas; pero también conozco las ardientes simpatías que me rodean y me defienden en esas ocasiones. Un argumento sólido, un hecho bien establecido por mis adversarios me hallarán siempre alerta; pero ante la malignidad de los prejuicios, paso desdeñosa y digo a los compañeros: reanudemos nuestra obra de defensa en favor de la infancia pobre.

Decíamos que la Ciencia, en sus laboratorios, pone en nuestras manos

instrumentos de precisión que comprueban, que miden el aumento o disminución de las fuerzas en un organismo vivo, según que esté sometido al bienestar o malestar, a la felicidad o al sufrimiento.

El dolor se nos presenta desde luego como destructor de la vida; es el factor principal de las degeneraciones, con su cortejo de vicios o de crímenes.

Y el instinto de las madres aparece al mismo tiempo a nuestros ojos como una adivinación admirable: la salvación de la raza. La ternura maternal, al perseguir la obra de vida, modela con felicidad el alma de bondad: la grandeza moral del hombre futuro.

Los ignorantes hablan con desdén de la debilidad de las madres. Esos ta-

les no son sino ecos inconscientes de esas creencias funestas que nos presentan al niño corrompido desde su nacimiento, con inclinaciones peligrosas, mercedoras de represión. De semejante decadencia acusan a la mujer, y al humillarla, la despojan de su dignidad y de su función.

Mas la Ciencia ha tomado de la mano a la mujer para reintegrarla en sus derechos. No es indiferente subordinar la educación de una raza a las doctrinas de compresión y de expiación o invocar la Naturaleza contra la humilde resignación.

Escuchad a Heriberto Spencer, una de las grandes lumbreras del positivismo. El niño no es, como se nos ha querido hacer creer, un pequeño monstruo devorado por las concupiscencias; reclama lo que necesita para vivir, y nada más.

Cuando os pide azúcar es porque el azúcar le es indispensable para adquirir una fuerte osamenta. Creéis que es un goloso y se la negáis, contribuyendo a hacer un raquítico.

Un niño bien alimentado, cuyos gustos se consulten, se niega a tomar una alimentación excesiva y se contenta con una porción moderada de lo que se llama golosina. Si le imponéis privaciones, haréis de él un goloso.

¡Cuántas veces, dice Spencer, se ha tomado por revoltosos a niños que protestan contra la regla de la inmovilidad porque su alegría, es decir, su salud, durante algunos años, depende de la libertad de sus juegos y de sus movimientos!

La Ciencia, en su ardiente defensa del niño, procura sobre todo disculparle de la odiosa acusación de embustero que sus enemigos le lanzan como una prueba de su corrupción nativa.

La imaginación juvenil se complace con las ficciones, es cierto, pero esas ficciones son la poesía que nos encantará, hasta nuestra edad madura, en los cuentos de las niñeras. ¡Siempre la adivinación de las madres!

Acusar de disimulo solapado a esos diminutos seres, confiados, sencillos,

incapaces de tener un secreto, es ir contra la verdad. El niño socarrón e hipócrita es obra de un opresor, que le ha hecho cobarde antes de hacerle embustero. Algunas veces nos limitamos a enseñarle a callar, a fingir, porque su hermosa sencillez, su audaz franqueza, parecen un peligro en un orden social viciado.

Para formar seres sanos y equilibrados, basta interrogar la Naturaleza, cuyas leyes están hoy tan claramente condensadas en ese código científico que llamamos Higiene.

Los niños, como las plantas, necesitan una alimentación, un abrigo, adaptados a su temperamento. Sin embargo, es de notar una diferencia entre la planta y el niño. La planta no puede advertir al jardinero del defecto de adaptación, que va a matarla, sino por su solo aspecto de depauperación. Se la encuentra helada o abrasada, por sorpresa. En cambio, el niño tiene la intuición de lo que le es beneficioso o perjudicial; tiene la facultad de quejarse, de reclamar, de protestar; de aquí se deduce la conclusión de que desobedeceríamos a la Naturaleza no prestando atención a esas quejas y a esas protestas.

El niño es un ser de movimiento, hemos dicho. En sus primeros años el movimiento se impone como la más imperiosa de sus necesidades. Por tanto, necesita aire que oxigene la sangre y los músculos, y el espacio que le llama, que le excita; necesita de ellos de igual modo que el pájaro, ese otro ser de movimiento.

En nuestros medios civilizados, el aire y el espacio se le miden avariciosamente al niño; ocurre que nuestros sistemas de educación llegan hasta negárselos duramente. Los amontonamos día y noche en habitaciones reducidas; prolongamos su inmovilidad en los talleres o salas de estudios; los enfermamos recluidos tras elevados muros, verjas de cerramiento, etc. Esos son regímenes antinaturales que no pueden producir sino enfermedades, desequilibrio y muerte precoz.

La luz es también necesaria al niño;

es una de sus alegrías y le asegura la tranquilidad de su alma. La luz es su amiga, las tinieblas son enemigas suyas. Tened presente que los nervios ópticos penetran en el cerebro y que la vida del ojo activa la del cerebro, órgano del pensamiento. Tened también presente que la necesidad de movimiento no es exclusiva de los miembros solamente; el pensamiento es asimismo movable y parecido al ave: se posa sin detenerse, tocando la rama sólo un momento, para luego levantar el vuelo hacia el cielo o hacia otra rama.

La curiosidad es la primera pasión intelectual del niño. De ello se desprende que se causa un mal irreparable al tierno organismo recluso en un lugar sombrío, con horizonte limitado, viendo siempre los mismos objetos que ya no solicitan su actividad. La uniformidad del espectáculo es origen a la larga de un padecimiento deprimente bien conocido: el aburrimiento.

Si el cerebro tiene sus exigencias, el corazón tiene sus derechos. El niño es un ser sociable, cariñoso. La soledad le arredra, los semblantes fríos y severos le hacen reconcentrarse dolorosa-

mente en sí mismo. El niño tiene sed de caricias; necesita imprescindiblemente confiarse y hacerse amar. La vida impersonal es un rebaño numeroso donde no hallan facilidad las amistades. La escasez de recreos, el régimen de prolongados silencios, el silencio impuesto aun durante las comidas, el castigo de aislamiento, son otros tantos sufrimientos que anemian los endebles organismos y repercuten en sus facultades afectivas para el resto de la vida.

No obstante, tal es la existencia que se impone a multitud de niños privados de la vida de familia. Todas las leyes de la higiene la condenan.

La práctica del ascetismo, de la mortificación, podrá ser adoptada por desdichados que vuelven la espalda a la vida. Mas para los niños, que marchan confiados hacia el porvenir, que llevan consigo la fortuna de la Humanidad, el ascetismo es un enemigo. Para ellos la expansión, la alegría, la facultad de gozar, según las leyes refulgentes de la Naturaleza: la educación por la higiene, la EDUCACIÓN LAICA, RACIONALISTA.

I. Gatti de Gamond

Al señor E. Mollinet

Director de la *Revista de Biografía y de Historia*

París, septiembre.

Mi querido señor Mollinet:

Encontré ayer por la noche, al volver de Fontainebleau, la carta en que mi docto amigo me pregunta, en nombre y en interés de la *Revista de Biografía y de Historia*, quién es este compatriota mío Pacheco (José Joaquín Alves Pacheco) cuya muerte está siendo tan general y amargamente lamentada en los periódicos de Portugal. Y además, desea mi amigo saber qué obras o qué fundaciones, o qué libros, o qué ideas, o qué mejoras dejó en la civilización portuguesa ese Pacheco, acompañado al túmulo con tan sonoro y reverente llanto.

Casualmente yo conocí a Pacheco. Tengo presente, como en un resumen, su figura y su vida. Pacheco no legó a su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros superior e ilustre únicamente porque «tenía un inmenso talento». Y aun ese talento, mi caro señor Mollinet, que dos generaciones soberbiamente aclamaran, no dió nunca una prueba positiva, expresa, visible, de su fuerza! ¡El inmenso talento de Pacheco estuvo siempre callado, recogido en las profundidades de Pacheco! Constantemente atravesó la vida sobre eminencias sociales: Diputado, Director General, Ministro, Gobernador de Bancos, Consejero de Estado,

Par, Presidente del Consejo. Pacheco lo fué todo y lo tuvo todo en este país que, desde lejos y a sus pies, lo contemplaba, asombrado de su inmenso talento. Pero jamás en estas situaciones, ni por provecho suyo ni por urgencia del Estado, tuvo Pacheco necesidad de dejar salir, para afirmarse y operar fuera, aquel inmenso talento que allá dentro le sofocaba. Cuando los amigos, los partidos, los periódicos, las representaciones, los cuerpos electorales, la masa compacta de la nación, murmurando en derredor de Pacheco «¡qué inmenso talento!», le invitaban a ensanchar su poder o su fortuna, Pacheco sonreía bajando los ojos tristes por detrás de los dorados anteojos, y seguía, siempre hacia arriba, siempre más alto, a través de las instituciones, con su inmenso talento ahorrado dentro del cráneo como en el cofre de un avaro. Y aquella reserva, aquella sonrisa, aquel brillar de sus anteojos bastaban al país, que en ellos sentía la deslumbradora evidencia del talento de Pacheco.

Este talento nació en Coimbra, en el aula de Derecho Natural la mañana en que Pacheco, desdeñando la «Sebenta», aseguró que el «siglo XIX era un siglo de progreso y de luz». El curso comenzó a presentirlo y a afirmar en los cafés de la Feira que había mucho talento en Pacheco, y esta admiración, cada día creciente, del curso, comunicándose como los movimientos religiosos desde las multitudes impresionables a las clases razonadoras, de los muchachos a los viejos, llevó fácilmente a Pacheco a ganar un «premio» a fin de año. La fama de este talento se esparció por toda la Universidad, que viendo a Pacheco siempre pensativo, y ya con anteojos, austero en sus pasos, con gruesos tratados debajo del brazo, adivinaba en él un espíritu que se concentra y se convierte todo en fuerza íntima. Al dispersarse esta generación académica, llevó por el país hasta las más escondidas aldeas la noticia del inmenso talento de Pacheco. Y ya en las oscuras bocas de Traz-os-Montes y en las par-

teras tiendas de los barberos del Algarve, se decía con respeto, con esperanza: «¡Parece que hay por ahí un joven de inmenso talento: Pacheco!»

Pacheco estaba maduro para la representación nacional. Vino al seno de ella traído por un gobierno (no recuerdo cuál) que consiguiera con trabajo y maña una apoderarse del precioso talento de Pacheco. Después, en la estrellada noche de diciembre en que él, en Lisboa, fué a Martinho a tomar té y tostadas, se susurró con curiosidad: «¡Es Pacheco, un muchacho de inmenso talento!» Y desde que las Cámaras se constituyeran, todas las miradas, las del Gobierno y las de oposición, comenzaron a volverse con insistencia, casi con ansiedad, hacia Pacheco, que en la punta de un banco conservaba su actitud de pensador reconcentrado, con los brazos cruzados sobre el chaleco de terciopelo, la frente inclinada a un lado como bajo el peso de las riquezas interiores, y los anteojos centelleantes... Al cabo, una tarde, en la discusión de la respuesta al discurso de la Corona, Pacheco hizo un movimiento para interrumpir a un cura bisojo que hablaba de la «libertad». El sacerdote se detuvo inmediatamente con deferencia; los taquígrafos abrieron vorazmente los oídos; y en toda la Cámara se apagó el desahogado susurro para que el inmenso talento de Pacheco pudiera manifestarse por primera vez en medio de un silencio dignamente majestuoso. Pero Pacheco no prodigó sus tesoros. De pie, con el dedo estirado (gesto que siempre fué muy suyo) Pacheco afirmó, en un tono que delataba la seguridad del pensar y del saber íntimo, «¡que al lado de la libertad debía coexistir siempre la autoridad!» Era esto muy poca cosa ciertamente; pero la Cámara comprendió bien que detrás de aquel corto resumen había un mundo, todo un vasto mundo de ideas sólidas. Durante meses no volvió a hablar; pero su talento inspiraba tanto más respeto cuanto más insensible y cuanto más inaccesible se mostraba allá dentro, en el

fondo, en el rico y poblado fondo de su sér. El único recurso que quedó entonces a los devotos de este inmenso talento (que ya los tenía incontables) fué contemplar la testa de Pacheco, como se mira al cielo, con la certeza de que Dios está detrás disponiéndolo todo. La testa de Pacheco presentaba una superficie lisa, amplia y lustrosa. Y muchas veces junto a él, Consejeros y Directores Generales, balbuceaban maravillados: «¡No es necesario más! ¡Basta ver aquella testa!»

Pacheco formó parte luego de las principales Comisiones parlamentarias. Nunca, sin embargo, accedió a redactar un proyecto, desdeñoso de las especialidades. Apenas alguna vez tomaba en silencio una nota. Y cuando salía de su concentración, estirando el dedo, era para lanzar alguna idea general sobre el Orden, el Progreso, el Fomento, la Economía. Había en esto la evidente actitud de un inmenso talento que (como insinuaban sus amigos guiñando el ojo con finura) «espera llegar arriba». Por lo demás, Pacheco mismo enseñaba (esbozando con su gruesa mano el vuelo superior de un ala sobre una copuda arboleda) que el «talento verdadero sólo debía conocer las cosas «por las ramas».

Este inmenso talento no podía dejar de contribuir a los Consejos de la Corona. Pacheco, en un cambio ministerial (provocado por una tremolina) fué ministro, e inmediatamente se notó qué maciza consolidación viniera a dar al Poder el inmenso talento de Pacheco. En su departamento (que era el de Marina), Pacheco no hizo, durante los largos meses de gobierno, «absolutamente nada», como insinuaran tres o cuatro espíritus acerbos y estrechamente positivos. Mas por primera vez, durante este régimen, la nación dejó de sentir dudas e inquietudes sobre nuestro Imperio Colonial. ¿Por qué? Porque estaba seguro de que últimamente los supremos intereses de este Imperio habían sido confiados a un inmenso talento, al talento inmenso de Pacheco.

En las sesiones, Pacheco rara vez

salía de su silencio repleto y fecundo. A veces, sin embargo, cuando la oposición se tornaba clamorosa, Pacheco descruzaba los brazos y tomaba lentamente una nota con lápiz; y esta nota, trazada con saber y con madurísimo pensar, bastaba para cohibir y anonadar a la oposición. ¡Es que el inmenso talento de Pacheco llegó a inspirar en las Cámaras, en las Comisiones, en todos los Centros, un saludable terror disciplinario! ¡Ay de aquel sobre quien fuera a desatarse colérico tan inmenso talento! ¡Ya tenía segura una humillación! ¡Así dolorosísimamente lo experimentó el pedagogo que un día se lanzó a acusar al señor ministro del Reino (entonces Pacheco dirigía el Reino) de descuidar la Instrucción del país! Ninguna recriminación podía ser más sensible a aquel inmenso espíritu, que en frase marmórea y suculenta enseñara que «un pueblo sin Institutos es un pueblo incompleto». Estirando el dedo (gesto siempre tan suyo), Pacheco aplastó al hombre temerario con estas palabras tremendas: «Al ilustre diputado que me censura, sólo tengo que decirle que en estas cuestiones de Instrucción Pública, su excelencia ahí, en esos bancos, da gritos, y yo aquí, en este sillón, hago luz». Yo estaba en la tribuna pública en aquel supremo momento, y no recuerdo haber oído jamás en una asamblea de hombres una tan apasionada racha de aclamaciones. Creo que fué a los pocos días cuando Pacheco recibió la gran cruz de la orden de Santiago.

El inmenso talento de Pacheco se tornaba poco a poco un credo nacional. Viendo qué inquebrantable apoyo daba aquel inmenso talento a las instituciones a que servía, todos le apetecieron. Pacheco comenzó a ser Director General de Compañías y de Bancos Cobiado por la Corona, penetró en el Consejo de Estado. Su partido reclamó ávidamente que Pacheco fuese su jefe. Por los otros partidos se ayudaba con sumisa reverencia a su talento. Poco a poco se concentraba la nación en Pacheco.

Al tiempo que envejecía y crecía en influjo y dignidades, la admiración por su inmenso talento llegó a tomar en el país ciertas formas de expresión, propias sólo de la religión y del amor. Cuando fué Presidente del Consejo había devotos que extendían con unción la mano sobre el pecho, miraban al cielo hasta poner los ojos en blanco, para murmurar piadosamente: «¡Qué talento!» Y había enamorados que cerrando los ojos y recalcando un beso en las puntas apiñadas de los dedos, balbuceaban con languidez: «¡Ay, qué talento!» ¿Y para qué ocultarlo? Había otros a quienes aquel inmenso talento irritaba amargamente como un exceso y desproporcionado privilegio. A estos los oí yo gritar con furor dando patadas en el suelo: «¡Demonio, lo que es tener talento de más!» En tanto, Pacheco no hablaba, sonreía apenas. La cabeza cada vez se le tornaba más grande.

No he de recordar su incomparable carrera. Basta con que mi caro señor Mollinet recorra nuestros anales. En todas las instituciones, reformas, fundaciones, obras, encontrará el cuño de Pacheco. Portugal todo, moral y socialmente, está repleto de Pacheco. Todo lo fué y todo lo tuvo. ¡De seguro que su talento era inmenso! ¡E inmenso se manifestó el reconocimiento de su patria! Pacheco y Portugal, por lo demás, necesitaban insustituiblemente uno del otro, y ajustadísimamente se completaban. ¡Sin Portugal, Pacheco no habría sido lo que fué entre los hombres; pero sin Pacheco, Portugal no sería lo que es entre las naciones!

Su vejez ofreció un carácter augusto. Perdió el cabello radicalmente. Todo él era cabeza, y más que nunca revelaba su inmenso talento, aun en las cosas mínimas. Me acuerdo muy bien de la noche (siendo él Presidente del Consejo) en que, en la sala de la condesa de Arródes, alguien, con ansia, deseó conocer lo que pensaba su excelencia de Cánovas del Castillo. Silen-

ciosamente, magistralmente, sonriendo apenas, su excelencia, con mano grave, dió rápidamente un corte horizontal en el aire. En torno de él se elevó un murmullo de admiración. En aquel gesto, ¡cuántas cosas sutiles, hondamente pensadas! Yo, por mí, después de mucho cavilar, lo interpele de este modo: «Mediocre, mediana talla la del señor Cánovas!» ¡Porque, habrá usted notado, mi caro señor Mollinet, cómo aquel talento, siendo tan vasto, era al mismo tiempo tan fino!

Reventó; quiero decir, murió su excelencia casi de repente, sin sufrimiento, en los comienzos de este invierno. Iba precisamente a ser nombrado Marqués de Pacheco. Toda la nación le lloró con infinito dolor. Yace en el alto de S. Joao, bajo un mausoleo, en el que por sugestión del consejero Acacio (en carta al *Diario de Noticias*) fué esculpida una figura de Portugal llorando al genio.

Meses después de la muerte de Pacheco, encontré a su viuda en Cintra, en casa del Dr. Videira. Es una mujer (aseguran amigos míos) de excelente inteligencia y bondadosa. Cumpliendo un deber de portugués, lamenté ante la ilustre y afable señora la pérdida irreparable, que era suya y de su patria. Mas cuando, conmovido, aludí al inmenso talento de Pacheco, la viuda de Pacheco levantó con brusco espanto los ojos que conservara bajos, y una fugitiva, triste y casi apiadada sonrisa frunció las comisuras de su boca descolorida... ¡Eterno desacuerdo de los destinos humanos! ¡Aquella mediana señora nunca pudo comprender a aquel inmenso talento! Créame, mi querido señor Mollinet, su muy devoto,

FRADIQUE

De la obra *Epistolario de Fradique Mendes*, de ECA DE QUEIROZ. De venta en la librería LECTURA BARATA, de Falcó, Zeledón & Cía.

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 2 de la última página. Le interesa.

Carlota

«Acababa de apearme cuando una criada que apareció en el dintel, me rogó que aguardara un momento a la señorita Carlota, que pronto saldría. Crucé luego el patio para acercarme a la linda casa y subí la escalera. Apenas entrado en el primer aposento, se ofreció a mis ojos el más admirable espectáculo que he visto en mi vida. Seis niños, que tendrían once años el que más y dos el que menos, se agrupaban junto a una joven, de mediana estatura pero bellamente conformada. Iba sencillamente vestida de blanco con lazos color de rosa en el pecho y en las mangas y estaba repartiendo rebanadas de pan a los chiquillos, según su edad y apetito, pero con tal ternura! ¡y ellos le decían «gracias», uno tras otro, con tal candor!... Todos tendían las manecillas al aire, mucho antes que estuviera cortado el pan.»

En este puro cuadro de familia se le apareció Carlota a Werther por primera vez, y esa momentánea actitud pinta y describe su destino. Carlota es el ideal de la mujer casera y hacendosa, madre de familia antes de tiempo por virtud de seis hermanitos que se ve obligada a educar.

No forma sólo el encanto del hogar, sino que representa en él, la vigilancia y el orden. Su lámpara de virgen prudente, mantiene en ella el bienestar; su santa patrona no es María la contemplativa, sino Marta la hacendosa, que atiende a los quehaceres domésticos.

Encerrada en su estrecho círculo, lo anima con jovial y desenfadada actividad. La poesía del pensamiento y la realidad del deber, se acuerdan y armonizan en sus actos. Del vals alado que la arrebató a la tierra, pasa sin esfuerzo a las cometas y la lejía; y tras haberse adormecido soñadora al grato rumor de la lluvia que refresca la campiña o haber suspirado por Klopstock, con los ojos embebidos en lágrimas, se va tranquilamente a acostar a los niños.

Hay en un cuadro de Murillo, un Angel, que se entretiene en cocinar con grata alegría. Roza suavemente los mas vulgares utensilios con sus alas sin mancharlas, y la jarra parece en su mano vaso del tabernáculo celeste; calderos y lebrillos, frutas, legumbres, canastas, se iluminan con el divino reflejo de su aureola. Pues bien; esta es Carlota idealizando con su gracia el ajuar; las rebanadas que distribuye a sus chicuelos parecen de una comunión maternal; el canario que picotea en sus labios la migaja de pan, un pajarillo fantástico; el árbol de Noé! cuyos cirios enciende, se cubre de estrellas. Infunde su alma entera al humilde interior, y aparece transfigurado.

Como la princesa del cuento de Perrault, Carlota puede regalar a su novio su anillo nupcial dentro de un pastel, amasado por sus propias manos.

De esta tierna criatura se exhala la pasión terrible que consume a Werther; de este hogar tranquilo surge la llama que le devora. Verdad que nunca corazón más ardiente se acercó a mujer más digna de amor. Con su febril ociosidad y vaga inquietud, con su imaginación dolorida y su nobleza de alma, ahogada por la penuria y escasez, Werther había de ser presa del primer amor que se apoderara de su ánimo. Para arder y consumirse le bastaba una chispa y ésta salta del hilo de luz, como hubiera podido saltar del rayo.

¡Qué ardiente y puro su amor, antes que la desesperación lo desfigure y lo empañen sombras de muerte! Toda la primer parte del libro es un himno de entusiasmo a la vida. Werther se enamora de Carlota a primera vista; y esta visión le enajena en éxtasis. «Me despedí, pidiéndola que me permitiera volver el mismo día; consintió en ello y la he vuelto a ver. Desde este momento, compónganse a su guisa sol y luna, que ya no sé cuándo es de

«día y cuándo de noche; el universo entero se ha desvanecido para mí.» La pasión le embriaga como vino generoso: si baila con Carlota, se cree transportado al quinto cielo; el contacto de sus dedos o de su pie con que tropieza debajo de la mesa, su hálito rozándole los labios, vierten fuego derretido en sus venas. Un día, que no pudo verla, manda a la casa un criado, y a la vuelta le parece como iluminado de celeste claridad. «Dicen que la piedra de Babilonia, puesta al sol, absorbe sus rayos y luego a la noche centellea en las tinieblas. Algo de esto me sucedía con mi criado. Con sólo pensar que ella había tenido la mirada en aquella cara, y en los botones y el cuello de su librea, se convertían para mí en objeto sagrado. ¡No le hubiera cedido por mil escudos!» Esta embriaguez interior desbordada sobre la naturaleza, que besa con apasionada vehemencia.

Embalsama los primeros capítulos del libro como una primavera sagrada —*ver-sacrum*,— durante la cual Werther aspira el alma de las cosas, y la vida universal fermenta en su corazón, y el amor, engrandecido, se inclina al panteísmo. Suenan en aquellas páginas gritos de águila que se apoderan del espacio, y se sumerge en él de un aletazo. «¡Ah! cuantas veces deseé volar, por entonces, a las orillas de la mar inmensa, beber la vida en la copa de delicias del Sér causa de todo por sí y para sí.»

Lo verdaderamente conmovedor del carácter de Werther es su ingenuidad, que se confunde con la violencia de sus impresiones. No representa un papel, como hicieron después sus imitadores. Su melancolía carece por completo de énfasis teatral. Libre de la crisis de exaltación, y en los intervalos en que le deja la fiebre, se convierte en un buen alemán, joven y candoroso, que se lleva perfectamente con la Carlota. Se encarama a los árboles del jardín, tan campante, para hacer caer las peras que ella recoge desde abajo en su falda; juguetea con los niños como un niño y se entretie-

ne en desvainar guisantes con su huésped mientras lee la Odisea o la Iliada. La tragedia que le arrastra a la muerte, se halla entrecortada de idílicos senderos.

Y en sus amores ¡cuánto pudor! Mucho tiempo se pasa sin que se exprese más que con miradas y suspiros. La idea de que Carlota está prometida a otro, tiende entre ellos inviolable valladar, comparada a la espada de caballero que los novios de la antigüedad ponían en mitad de la cama, donde dormían juntos, y que más que empuñada por amenazadora mano, protegía a la virgen dormida. Un francés enamorado, intentarfa, en su lugar, suplantarlo para él odioso rival; pero el honrado Werther no piensa en ello un solo instante. Todo lo contrario; hace justicia a Alberto, le quiere, le estima, le juzga digno de su adorada.

Hasta en los momentos de desesperación, su pasión conserva este leal candor. En un acceso de celos, se le escapan estas palabras. «Y sin embargo, ¿lo diré? ¿por qué no he de decirlo, Guillermo? más feliz hubiera sido conmigo que con él; ¡oh! no es el hombre que pueda satisfacer los deseos de su corazón. Cierta defecto de sensibilidad, defecto... tómallo como quieras; su corazón no late a la lectura de un libro estimado, cuando el de Carlota y el mío se comprenden tan bien! y lo mismo sucede mil veces, si por ventura nos ocurre expresar nuestro sentimiento sobre un acto cualquiera...» Pero a renglón seguido, arrepintiéndose de haber ido tan allá, añade: «Verdad que como la ama con todo su corazón, ¡qué no merece semejante amor!»

Y Carlota, la tierna Carlota ¿amó al pobre Werther? La fraternal amistad que le manifiesta ¿no se convierte en su seno en amor, furtivamente acariciado? ¿Le compara alguna vez con su marido, como el sueño delirante por el cual suspiramos, con la realidad aceptada por resignación? El libro sólo contesta con algunas reticencias a estas preguntas, y apenas alza el velo en que se envuelve esta alma púdica

para atravesar la tempestad desencadenada sobre ella.

Carlota es indudablemente inaccesible a la seducción; el deber forma su propia naturaleza; su rectitud la defiende de la menor fragilidad; antes que sucumbiera, moriría. Pero si incorruptible su virtud, su imaginación es sensible, dada a la poesía, y a la música, enamorada de bellos ensueños. Su vida anda, pero su alma vuela. Werther personifica sus aspiraciones ideales y le aparece como evocado por la magia de los versos de que gusta y de las melodías que toca en el clavicordio, surgiendo de las oceánicas regiones en que se ciernen sus pensamientos. Cuando el fantasma se hace carne y se precisa su vago amor con los rasgos de violenta pasión, sin duda que Carlota se espanta y se reprocha el no haberlo rechazado; sin duda que retrocede ante la hoguera que encendió sin querer, pero secreto hechizo la trae de nuevo al círculo de embeleso. «Esto no puede seguir así» —exclama un día—no; no puede durar.» Y sin embargo, sigue, puesto que deja que vuelva, y de grado o a la fuerza, en la última entrevista cae un instante en sus brazos. El la estrecha contra su corazón y cubre sus temblorosos y balbucientes labios de frenéticos besos. —«Werther—exclama ella con ahogado acento y volviéndose,—¡Werther!»—Y con mano débil intenta separarle. «¡Werther!»—repite por fin con noble e imponente tono. No pudo resistirlo Werther, dejó que se desprendiera de sus brazos y se echó al suelo como un energúmeno. Ella se arranca de él y turbada, temblando entre la cólera y el amor, le dice:—«Esta es la última vez, Werther; no me veréis más.» Y después, mirándole un momento con amorosos ojos, corre a su cuarto, y se encierra en él.

Carlota no vuelve a verle, puesto que Werther se suicida a la siguiente noche, pero le pertenece ya más allá de la muerte. Depuso ya en sus labios el beso profundo y terrible que hunde en el corazón la flecha que no se

arranca jamás. La sangre del suicidio enconará la herida. Tal vez, a vivir él más tiempo, Carlota lo hubiera alejado; pero la muerte le hace irresistible e inolvidable, y su trágico espectro va a encarnarse en su vida. «¡Eres mía! ¡eres mía!» clama Werther en su última carta. Y es verdad; entre su mujer y él, Alberto sentirá desde ahora invisible tercero. Ocupará una sombra su tálamo e irá oscureciéndose cada día con funestos sueños que surgen de la tumba.

Werther, como es sabido, no es una simple ficción; la autobiografía se mezcla con la novela; Goethe corrió realmente el peligro de ser el héroe de su propia obra. Tendría veinte y cuatro años, cuando su padre deseoso de que perfeccionara sus estudios de derecho, le envió a Vetzlar en Hesse, donde conoció a Carlota Buff, hija del bailio de la Orden alemana, y novia de un joven secretario de la Legación de Hannover, llamado Kestner: «Era esbelta y ligera, elegante, respirando salud... la alegre actividad que la acompaña, el cumplimiento fácil de los deberes cotidianos, eran sus cualidades, y más que a particulares afecciones, se inclinaba naturalmente a cierta benevolencia general.» Tal es el retrato que traza en sus memorias, de la verdadera Carlota, a la cual la novela sólo ha dado relieve. Goethe pasó en fraternal intimidad con ella y su novio, noblemente confiado, el verano de 1772, que califica de «magnífico idilio alemán, a cuya prosa proveía la fértil comarca, y a la poesía aquella pura afección.» Acabó por enamorarse, pero el idilio no perdió por ello su inocencia. En cuanto se sintió seriamente herido, huyó a toda prisa, tanto, que se fué sin despedirse.

Algunos meses después, el joven Jerusalén, hijo del pastor Riddagshausen y secretario de la legación de Brunswick, el cual se hallaba también en Wetzlar por aquellos días, enamorado sin esperanza de la mujer de un colega, se levantó la tapa de los sesos con una pistola que le prestó Kestner.

El recuerdo de Carlota perturbaba todavía a Goethe, cuando este suicidio le arrancó de su sueño, y le obligó a descender con espanto al fondo de su alma, donde dormía aún, pronta a renacer, la pasión que juzgó sofocada.

Entonces computo el *Werther*, terminando la historia con el suicidio de Jerusalén. Así quedó libertado de su tortura. El poeta exorcizó al demonio que le poseía con aquella confesión. Corriendo los años, siempre que veía a alguien inquieto o triste, recordaba cómo había escrito *Werther* para librarse de aquel peligroso sentimiento. «Haced lo que yo—decía;—echad al mundo el ser que os atormenta, y os juro que no os dolerá más en las entrañas.»

Una de las más usadas prácticas de la brujería en la Edad Media, consistía en maleficar en imagen. Quien

deseaba la muerte a su enemigo, modelaba su efígie en barro o en cera y luego le pasaba el corazón de una puñalada murmurando palabras mágicas.—Lo propio hizo Goethe consigo mismo y con el desesperado amante que hubiera podido ser, cuya imagen le ofrecía Jerusalén. De su exagerado amor, manchado de ajena sangre, formó a Werther, y no, en verdad, con inerte materia, sino con la cálida substancia de su corazón. Una vez creado el personaje, le pasó de un golpe, pronunciando maravillosas palabras, y desembarazado de este enemigo interior, tranquilo y libre, emprendió luego su viaje hacia su glorioso destino.

Del libro *Las mujeres de Goethe*, por PAUL DE SAINT-VICTOR. De venta en la librería LECTURA BARATA, de Falcó, Zedón & Cía.

La muerta

—Vaya—dijo Sowerberry, cogiendo el sombrero,—cuanto antes concluyamos será mejor. Noé, atención a la tienda; tú, Oliverio, ponte la gorra y sígueme.

El muchacho obedeció sin replicar, y siguió a su maestro, en el ejercicio de su profesión.

Caminaron algún tiempo a través del barrio más populoso de la ciudad, y bajando después por una callejuela estrecha, más sucia y miserable que las demás, detuviéronse al fin para buscar con la vista la casa a donde iban. En ambos lados de la calle, las casas eran altas y grandes, pero todas viejas y ocupadas por gente de la clase más pobre, como lo indicaba suficientemente su mismo aspecto, sin que para confirmar esta opinión fuese necesaria la presencia de ciertas personas que por allí andaban. Las más de las tiendas estaban herméticamente cerradas y en estado ruinoso, notándose que sólo en los pisos superiores vivía gente; algunas casuchas que amenazaban hundirse estaban apun-

taladas con gruesas vigas sólidamente sujetas en el suelo y las paredes, y sin duda debían servir para refugio de los vagabundos durante las noches, pues muchas de las tablas que cubrían las ventanas y las puertas habían sido arrancadas a fin de dejar una abertura suficiente para pasar el cuerpo. Por el arroyo corría un agua sucia y corrompida, y aun las mismas ratas que saltaban entre la basura estaban muy flacas.

En la puerta donde se detuvieron Oliverio y su amo no había llamador ni campanilla; pero Sowerberry deslizándose a tientas por un oscuro pasadizo, invitó a su aprendiz a seguirle sin tener miedo. Llegados al primer piso, halláronse frente a una puerta, a la cual llamó con suavidad el empresario de las pompas fúnebres.

Una muchacha de trece a catorce años abrió al punto; y comprendiendo Sowerberry, por el aspecto de la habitación que allí era donde tenía que ir, entró seguido de Oliverio.

En aquella habitación no había

fuego: en primer término veíase un hombre recostado contra la chimenea apagada; más allá, una anciana sentada en un taburete; y por último, en el fondo, frente a la puerta, yacía en el suelo un bulto tapado con una rafa cubierta. Oliverio se estremeció al mirar hacia aquel sitio, y estrechóse contra su amo, pues adivinaba que aquello era un cadáver.

El hombre, pálido y flaco, tenía los ojos inyectados de sangre y la barba y el cabello grises; la mujer, con su rostro surcado por profundas arrugas, sus ojos pequeños, de mirada penetrante, y su boca con sólo dos dientes que sobresalían del labio inferior, tenía un aspecto casi repugnante. Oliverio experimentó cierto temor al ver a estos dos seres que le recordaban las ratas flacas de la calle.

—¡Nadie le tocará!—gritó el hombre al ver a Sowerberry acercarse.—¡Atrás, atrás les digo, si aprecian en algo su vida!

—Déjese usted de tonterías, buen hombre,—replicó Sowerberry, que estaba acostumbrado a ver la miseria en todas sus formas;—déjese usted de tonterías.

—Le repito—repuso el hombre, oprimiendo los puños y golpeando el suelo furiosamente con los pies—le repito que no quiero que se la entierre. Allí no podría dormir y los gusanos la martirizarían inútilmente por no encontrar alimento. ¡Estaba tan flaca!

Sowerberry, sin hacer aprecio de aquel hombre delirante, y sacando una cuerda del bolsillo, arrodillóse un momento junto al cadáver.

—¡Ah!—exclamó el hombre prorrumpiendo en sollozos y arrojándose a los pies de la pobre difunta—arrodíllaos todos al rededor de ella y escuchadme. Esta mujer ha muerto de hambre, sí, de hambre; hasta el momento en que se apoderó de ella la fiebre, no sabía yo que estuviese tan enferma; pero entonces, ya sus huesos atravesaban la piel; y como no teníamos fuego ni luz, ha muerto en las tinieblas, sí, en las tinieblas. No ha podido ver el rostro de sus hijos, pero

oíamos cómo los llamaba en los últimos momentos de su agonía. Fuí a la calle a pedir una limosna y me condujeron a la cárcel; cuando volví, ya estaba espirando, y mi corazón se oprimió al ver que la habían dejado morir de hambre. ¡Juro ante Dios, testigo de ello, que ha muerto de hambre!

Al pronunciar estas palabras, el hombre se mesó los cabellos, y profiriendo un grito terrible, revolcóse por el suelo, con la mirada extraviada y los labios cubiertos de espuma.

Atemorizados los niños, rompieron a llorar; pero la anciana que había permanecido inmóvil, sin hacer aprecio de lo que pasaba a su alrededor, los amenazó para que callaran; y desatando después la corbata del hombre que yacía en el suelo, adelantóse con paso vacilante hacia Sowerberry.

¡Era mi hija!—exclamó, fijando en el cadáver una mirada como la de una loca, tan espantosa casi como la misma muerte.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Y pensar que yo, que le he dado el sér, estoy aquí, sana y buena; mientras que ella yace inanimada y fría en ese rincón! ¡Dios mío, me está pareciendo verdaderamente un sueño!

En tanto que la anciana murmuraba estas palabras con una espantosa sonrisa, Sowerberry se disponía a salir.

—¡Espere usted, espere usted!—dijo la mujer, esforzando su cascada voz.—¿Es el entierro mañana, pasado o esta tarde? Yo la he amortajado y debo acompañarla ¿no es verdad? Envíeme usted un buen pañuelo, un pañuelo que abrigue bien, porque hace mucho frío. También deberíamos tomar un bizcocho y un poco de vino antes de marchar; pero esto no importa; envíenos usted pan, nada más que un pedazo de pan y un vaso de agua. ¿Nos lo enviará usted, amigo mío?—preguntó la anciana con ansiedad, cogiéndose a la levita de Sowerberry, cuando éste abrió la puerta.

—Sí, sí—contestó el empresario—ya se le dará alguna cosa: todo lo que necesite.

Y desprendiéndose de manos de la

mujer, precipitóse hacia la calle seguido de Oliverio.

Al día siguiente, y después de recibir la familia el socorro de un pan de dos libras y un pedazo de queso que llevó el mismo Bumble en persona, Oliverio y su amo volvieron a aquella misma vivienda, habiéndoles precedido el bedel acompañado de cuatro individuos del asilo de mendicidad, los cuales debían conducir el cadáver. Un raído mantón y un capote negro cubrieron los harapos de la anciana y el marido.

Inspeccionado el ataúd, cargáronse los mozos al hombro y bajaron a la calle.

—Ahora, buena mujer—dijo Sowerberry en voz baja a la anciana—procure usted avivar el paso, pues hemos perdido algún tiempo y no es cosa de hacer esperar al sacerdote... ¡Adelante, muchachos añadió dirigiéndose a los hombres—avanzad todo lo más de prisa posible!

Los mozos apretaron el paso, seguidos penosamente por la anciana y el marido. Bumble y Sowerberry iban delante: mientras que Oliverio corría al lado del fúnebre convoy, cuanto se lo permitían sus piernecitas.

Sin embargo, no urgía tanto apresurarse, como lo había dicho Sowerberry, pues cuando llegaron al oscuro rincón del cementerio, donde crecían las ortigas, festoneando el borde de las tumbas de la parroquia, aun no estaba allí el sacerdote; y el sacristán dió a entender que lo menos tardaría una hora en venir. En su consecuencia, depositóse el ataúd junto a la fosa que debía ocupar; el hombre y la mujer esperaron pacientemente, azotados por una fría lluvia; mientras que algunos muchachos, atraídos por la curiosidad, comenzaron a jugar al escondite detrás de las tumbas. Sowerberry y Bumble, amigos íntimos del sacristán, calentáronse al fuego, leyendo un diario.

Al fin, después de una hora de espera, Bumble, Sowerberry y el sacristán se dirigieron presurosos hacia la fosa, y al mismo tiempo apareció el

cura, que se iba poniendo la casulla por el camino. Bumble regañó a dos o tres chicos, para salvar las apariencias, y el respetable eclesiástico, después de haber leído el oficio de difuntos en cuatro minutos, se marchó, entregando antes su casulla al sacristán.

—Ahora, Bill, haz tu oficio—dijo Sowerberry al sepulturero.

El trabajo no era penoso, pues hallábase tan llena la fosa, que el último ataúd estaba a muy pocos pies del nivel del suelo. El sepulturero arrojó sobre la caja algunas paletadas de tierra, que apisonó después, echóse las herramientas al hombro, y se alejó seguido de los muchachos, que se quejaban de que hubiese sido tan corta su diversión.

—Vamos, vamos, buen hombre—dijo Bumble, tocando ligeramente en el hombro al desgraciado—síguenos usted, porque van a cerrar el cementerio.

El interpelado, que no se había movido desde que se situó junto a la fosa, estremeciéndose, levantó la cabeza, y mirando fijamente al que le hablaba, cayó desvanecido después de dar algunos pasos.

La anciana, preocupada con la pérdida de su mantón, recogido ya por Sowerberry, no se cuidaba de lo demás. Con un cubo de agua fría hízose recordar el sentido al hombre, se le condujo fuera del cementerio, y después de cerrar la puerta con llave, cada cual se fué a su casa.

—Veamos, Oliverio—dijo Sowerberry a su futuro aprendiz.—¿Qué te ha parecido lo que has presenciado?

—Bastante bien, señor; doy a Ud las gracias—contestó el chico balbuceando; pero... no..., no muy bien, señor.

—¡Bah! ya te acostumbrarás, muchacho—replicó Sowerberry—todo es empezar, que luego ya no te extrañará nada.

Oliverio hubiera querido saber si su amo había necesitado mucho tiempo para acostumbrarse; pero creyó prudente no aventurar la pregunta y se fué a la tienda, muy preocupado por lo que acababa de ver y oír.

De El Hijo de la Parroquia, de CARLOS DICKENS.

El arado y la pluma

Los buenos padres que se preocupan por la educación de sus hijos, están empeñados en que éstos sean mañana hombres de pluma, pero no de arado, o cómo dicen por acá, de pala y machete. En otros términos, anhelan que sus hijos ganen más tarde cómoda y decentemente la vida por medio de las carreras profesionales que hoy existen, pero nunca con el rudo y sudoroso trabajo manual del hombre que cultiva la tierra.

Esta preocupación me parece demasiado pueril. Veamos.

El arado, el machete, la pala, el zacho, lo mismo que la pluma, desde centenares de años atrás han sido instrumentos civilizadores de primer orden, puestos al servicio del hombre para que con ellos obtenga el sustento, la dicha, la perfección.

Con los instrumentos de labranza el hombre limpia de las malas yerbas el campo cultivable y luego las incendia o las entierra; con la pluma, en el campo humano, ciega las añejas preocupaciones, las instituciones cadavéricas, los hombres tiránicos o retrógrados; si es preciso los quema y también los sepulta.

Con el arado abre sobre el suelo el fecundo surco que ha de recibir más adelante la semilla; con la pluma abre un surco luminoso en el entendimiento y en el corazón de los hombres, y los prepara para un cultivo que redime.

Con los instrumentos de labranza cosecha los ricos frutos que han de sustentar en abundancia los vientres inflados de los poderosos y con escasez los vientres flacos de los pobres; con la pluma las inteligencias observadoras y los corazones sensibles almacenan buenas ideas y sentimientos buenos, noble tributo que una generación avanzada produce para el servicio de las que vienen, a fin de que día en día alcancen la liberación completa de todas las esclavitudes que hoy oprimen.

Con el arado los infelices proletarios del mundo, en todos los tiempos, han trazado sobre el suelo terronudo y negro el silencioso y tristísimo poema de sus desventuras, sellado con la planta de sus pies y humedecido con el sudor copioso de sus frentes; con la pluma los hombres justos, sinceros, vale-

rosos, geniales y sensibles, fijaron sobre el papel la visión interna que del mundo tuvieron y penosamente sellaron con tinta o con sangre, y humedecieron con sus lágrimas esa dolorosa visión.

En la historia de la civilización humana el papel del arado ha sido mucho más modesto que el de la pluma, pero no menos importante. Ha hecho sobre la tierra una labor pacífica y tranquila, siempre beneficiosa para el hombre.

Por el arado el terreno se despereza y remueve para recibir una ventilación que enriquece y fecunda; por él, la semilla encuentra un surco propicio para su germinación; por él, la tierra rejuvenecida entrega a los hombres el sustento que muchos por inútiles y esclavos, no merecen. Honradas y encallecidas manos han oprimido siempre el arado; a él no llegan las gentes afeminadas, corrompidas y enfermizas. Es el instrumento por excelencia de los hombres poseídos de fortaleza y de libertad. El arado es un símbolo de honradez y de salud. Los infelices parásitos de la ciudad no serían capaces de manejarlo cinco minutos. En todos los países y tiempos, la clase más sana, tranquila, inofensiva y alegre, manejó el arado a campo abierto, a toda luz, bajo la lluvia, el viento y el sol que dan vigor y salud. Si el honroso mayor número que maneja el arado reflexionara, el arado sería también un símbolo formidable de regeneración humana.

La pluma, por el contrario, todas las manos pueden manejarla, y cuando cae en sucias manos, es un terrible instrumento de mal. Con la pluma los gobernantes impulsivos, envanecidos y arbitrarios, han firmado la destitución violenta de sus puestos de hombres cumplidores de su deber, que no han sabido ni sabrán adular a nadie; con la pluma los servidores de religiones impuestas y fósiles, han decretado la excomunión de hombres que se atrevieron a pensar por su cuenta, que no reconocieron en este mundo más Dios que la Razón; con la pluma los tiranuelos soberbios y corrompidos han decretado la pena de muerte o el destierro para los hombres libres, que no aceptaron ningún yugo; con la pluma los estira-

dos, engréidos y sedicentes dispensadores de una justicia imaginaria aquí en la tierra, han firmado la sentencia de prisión o de muerte para hombres inocentes, víctimas de la perversidad, el encono y la intriga de otros hombres; con la pluma algunos farsantes titulados han devuelto al polvo a seres enfermos que sólo necesitaban para vivir un poco más de alimento, de aire, de luz, y de agua; con la pluma los fariseos interpretadores de la ley—¡también escrita!—dejaron en la calle a una viuda con hijos, o despojaron a una familia de sus bienes, o consiguieron que un justo se fuera al presidio; con la pluma los dueños del oro firmaron un documento que quizá encerraba la ruina de alguno; con la pluma hombres mal intencionados pretendieron manchar más de una fama pura que el fallo de la posteridad ha reconocido después; con la pluma los caballeros de industria han firmado la estafa que los enriqueció momentáneamente; con el manejo infecundo de la pluma, viven parasitariamente en las oficinas públicas, jóvenes existencias que debieran emplear sus fuerzas en el cultivo de la tierra que las independiza, las dignifica y las mejora; con la pluma, puesta al servicio de la adulación rastrera a los poderes constituidos, han vivido y viven hombres sin pizca de vergüenza; con la pluma, en fin, han pretendido, en vano, hacerse una reputación literaria duradera, hombres incapaces de trabajarse una obra de aliento y autores de cuentecitos y versos, más o menos dulzones, sin valor alguno como estilo o como intención.

Las plumas que cómodamente se anidan en las antesalas ociosas y perfumadas de los ministerios, en la cátedra sumisa, rutinaria y dogmática de la enseñanza oficial, en las redacciones de periódicos sin ideas, escandalosos y perjudiciales, son plumas requetenvilecidas que sólo merecen que se las hiciera en mil pedazos.

La pluma, dichosamente, en el terreno de los conocimientos y de los sentimientos ha hecho bellísimas y benéficas conquistas, que hoy son para la humanidad su más valioso tesoro. Gracias a la pluma, los hombres conservan admirables obras de buen arte literario que siempre proporcionarán dicha; gracias a la pluma, los sabios fijaron sus observaciones sobre el mundo que nos rodea y con esa carga de conocimientos, el hombre avanza y avanza en el carro de la ciencia hasta lograr su felicidad y liberación.

Quien maneje bien y dignamente la pluma y el arado será, sin duda alguna, un hombre útil en todo sentido.

Ahora sí, cariñosas mamacitas y buenos papás, dejad ese prejuicio contra la pala y el machete. En las manos de vuestros hijos poned no sólo la pluma, sino también el azadón y el arado. Así daréis al mundo hombres sanos, laboriosos y con una gran conciencia de su propia fuerza. Y si las madres de una nación enseñan a sus hijos este doble manejo, hay derecho para creer que esa nación será envidiable por su empuje, su dignidad, su independencia y su salud.

Joaquín García Monje

Notas editoriales

Carmen Jiménez

De las maestras jóvenes de Costa Rica —que lo son de verdad no sólo por la frescura de su corazón sino también por el encanto novedoso de su inteligencia—Carmen Jiménez figura en los primeros puestos.

Bella y gentil es su apostura; fácil, delicada y graciosa es su palabra. Diríase al sentir de cerca el atractivo de su conversación, que una fuente recitara a nuestro lado dulcísimas estrofas.

Es nieta de un hombre a quien debe no pocos ni despreciables esfuerzos la cultura

costarricense: don Salvador Jiménez. Y del grupo de garridas sembradoras de que ella forma parte, espera Costa Rica su renovación intelectual.

Sea para ella el primer homenaje de los que esta revista se propone tributar a las jóvenes maestras de este país!

Nuestras Empresas

El mensaje de franca simpatía que llega a alentarnos de todos los puntos de la República, nos dice que nuestro esfuerzo ha sido comprendido. Nos dice también que hay en

todas partes un sincero deseo de verlo madurar.

En la obra estamos, pues, amparados por el dichoso augurio de una buena porción de compatriotas. Y en ella perseveramos con la más inquebrantable resolución.

El sondeo hecho en la opinión para lanzarnos a la empresa de editar las buenas obras nacionales que duermen un sueño obligado de esterilidad, ha rendido ya muy halagadores resultados. Innumerables son las personas que han venido a inscribirse como suscriptoras al primer libro de *Carmen Lira*.

Y tan luego como recibamos respuesta a la proposición de canje de obras, hecha a las principales casas editoriales de Centro y Sud América, daremos principio a la primera edición que constará de unos diez mil ejemplares por lo menos.

Como lo dijimos en nuestro prospecto, *vamos sobre rieles seguros y nada podrá inducirnos al fracaso*.

¿Hasta dónde alcanzará la magnitud de nuestro anhelo?

Los hombres de buena voluntad que aun tiene el país, darán la respuesta en el futuro.

Nosotros callamos y esperamos, mientras ponemos en la tarea todo el coraje de nuestras ilusiones.

La nueva Dirección

En las hábiles y delicadas manos de Carmen Lira—quien desde ahora queda asociada a las labores de esta empresa—hemos puesto la Dirección de esta revista.

Al hacerlo, sentimos la más dulce de nuestras actuales satisfacciones.

El público ya la conoce de sobras.

Callamos también sobre sus méritos, con aquel mismo jubiloso silencio que guardáramos al ver discutirse nuestros propios merecimientos.

OBRAS DE OCASION

En muy buen estado y por la cuarta parte de su precio, tenemos encargo de vender las siguientes importantes obras en francés:

Oeuvres completes de Víctor Hugo
19 tomos lujosamente empastados.

Fables de Lafontaine, 1 tomo pasta

La Revolución Francesa, por Thiers
2 tomos bien empastados

y algunas otras no menos interesantes.

LECTURA BARATA, Librería de Falcó, Zeledón & Cía.
ESQUINA FRENTE AL CORREO

Imprenta y Librería Alsina

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERÍA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

24. *La Regenta*, admirable novela de Leopoldo Alas (Clarín). 2 volúmenes pasta lujosa. Precio de ambos: ₡ 3-00.

25. *Poesías escogidas*, de Campoamor. 1 vol. pasta lujosa. Precio: ₡ 1-50.

26. *La hija del rey de Egipto*, preciosa novela de Jorge Ebbers. Bien traducida. 2 vols. pasta. Precio: ₡ 3-00.

27. *Cuentos*, de Andersen. Edición selecta. 1 vol. pasta. Precio: ₡ 1-50.

28. *El hijo de la parroquia* (Oliverio Twist), la conmovedora novela de Carlos Dickens. 1 vol. pasta. Bien traducida. Precio: ₡ 1-50.

29. *La niña Dorrit*, otra novela preciosa de Dickens. 2 vols. pasta. Precio de ambos: ₡ 3-00.

30-31-32. *Hijo mío, Cabellos rubios y Oro escondido*, novelas de Salvador Farina 3 vols. pasta. Precio de cada uno: ₡ 1-50.

33. *Dramas*, de Shakespeare, traducción famosa de Menéndez Pelayo. 5 vols. pasta. Precio de cada uno: ₡ 1-50.

34. *Dramas*, de Schiller. Autorizada traducción de José Ixart 2 vols. pasta. Precio de cada uno: ₡ 1-50.

35. *Dramas*, de Víctor Hugo 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1 50.

36. *Ana Karenine*. Una buena traducción de esta famosa novela de Tolstoi en 2 vols. pasta. Precio de cada tomo: ₡ 1.50.

37. *Mujeres de Goethe*, de Paul de Saint-Victor. Libro muy recomendable. Precio del vol. pasta: ₡ 1.50.

38. *Quintín Durward*, célebre novela de Walter Scott en 2 vols. pasta. Precio de cada vol.: ₡ 1.50.

39. *Mil y un fantasmas*, de A. Dumas. 1 vol. pasta. Precio: ₡ 1.50.

40. *El Nabab*, de A. Daudet. 1 vol. pasta. Precio: ₡ 1.50.

41. *Cuentos fantásticos*, las célebres creaciones de Hoffmann. 1 vol. pasta. Precio: ₡ 1 50.

42. *Quo Vadis?*, de Sienkiewicz 2 volúmenes pasta. Precio de cada volumen: ₡ 0.75.

43. *Los Maias*, de Eca de Queiroz. 3 vols. pasta. Precio: ₡ 2 25.

44. *RENOVACION*, años 1911, 1912 y 1913 Precio de cada tomo empastado: ₡ 5.50.

45. *Verdad*, de Emilio Zola. 2 volúmenes pasta. Precio: ₡ 2.50.

46. *Trabajo*, de Emilio Zola: 2 volúmenes pasta. Precio: ₡ 2.50.

47. *Fecundidad*, de Emilio Zola. 2 volúmenes pasta. Precio: ₡ 2.50.

ORRA IMPORTANTE

de un pensador americano

Acabamos de recibir las **Obras Completas** de Cecilio Acosta, en 5 gruesos volúmenes.

Es posible que no todos conozcan la magnitud de Cecilio Acosta como escritor: en el pensamiento de América es una de sus cumbres, a la altura de Montalvo, Martí, Alberdi. De todo sabía Acosta: filosofía, historia, letras, jurisprudencia, teología, arte; y en los asuntos que puso la mano, la puso en firme. Para las actuales generaciones de escritores improvisados de América, Acosta es un ejemplo de lo que vale el estudio serio, profundo, sistemático. La obra trae un magnífico elogio de Acosta por José Martí; basta leerlo para sentir entusiasmos de entrar en la vasta y compleja obra del pensador venezolano. Muchas de sus ideas conviene divulgarlas en América, porque Acosta es uno de sus guías más autorizados y por desgracia, menos oídos o conocidos. Léase por ejemplo su memorable página acerca de los *Partidos Políticos*, en que condena la endémica guerra civil hispano-americana, léase su estudio acerca de la escuela norteamericana, algunas de sus cartas admirables, en una palabra, lean y mediten todo: hay cantera de reflexiones para una vida.

Los residentes fuera de la ciudad, en lugares donde el tren no llega, deben acompañar al precio indicado, DIEZ CÉNTIMOS para el porte de cada tomo.—No se servirá ningún pedido si no viene acompañado del importe.

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDE CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina
MANZANA DE ANÍS, Francis Jammies
EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green
JACOBÉ, Joaquín Ruyra
ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja
JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster
TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain
EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S.
LA ENJUTA, Víctor Catalá
¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward
LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion
REBELDÍA, Joaquín Dicenta
EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna
KOLSTOMERO, Conde León Tolstoi
CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens
MINNIE, Andrés Lichtenberger
EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente
ERNESTINA, Prudencio Bertrana
BODA OFICIAL, R. H. Savage
EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner
REY EN LA TUMBA, Anthony Hope
FAUSTO, Ivan Turguenéff
EL SILENCIO, Eduardo Rod

APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos, Fedor Dostoyeusky
LAS CERREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró
EL ESPADA MONTES, Frank Harris
JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf
LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens
HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa
NERTO, Federico Mistral
ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos
NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan
¿CULPABLE?, W. Le Queux
EL LUNAR, Alfredo de Musset
POR LA VIDA, J. Pous y Pagés
LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod
SU MAJESTAD, Henri Lavedan
EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstoi
EL REFLUJO, R. L. Stevenson
ALMAS EN PRENA, Bjornstjerne Björnson
ERÓTICA, B. Morales San Martín
RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov
EL CUPÓN FALSO, León Tolstoi
MARÍA, Jorge Isaacs
DEL HURTO PROVINCIANO, G. Miró
EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens
BALADA, R. Sánchez Díaz
EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré _____ ejemplar _____

Nombre _____ Dirección _____